

➤ 30 domingo del tiempo ordinario. Ciclo C (2013). *La oración del fariseo y del publicano. El primero se jacta de sus muchas virtudes; le habla a Dios tan sólo de sí mismo y, al alabarse a sí mismo, cree alabar a Dios. El segundo conoce sus pecados, sabe que no puede vanagloriarse ante Dios y, consciente de su culpa, pide piedad y misericordia. El fariseo, en el fondo, ni siquiera mira a Dios, sino sólo a sí mismo; realmente no necesita a Dios, porque lo hace todo bien por sí mismo. Se justifica por sí solo. El publicano se abre a la justicia/ misericordia de Dios.*

- ❖ Cfr. 30 domingo del tiempo ordinario (Año C). 27 octubre 2013. Lucas 18, 9-14; Sirácida 35, 12-14.16-18. Salmo 34 (33), 2-3; 17-18; 19-20; 2 Timoteo 4, 6-8.16-18.
cfr. Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture Anno C* Piemme 1999, XXX Domenica, pp. 315-321;
Cfr. Temi di Predicazione – Omelie, Editrice Domenicana Italia, Ciclo C 5/2013, 30

- Lucas 18, 9-14: 9 En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, **se sentían seguros de sí mismos** y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola: 10 - «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano. 11 El fariseo, erguido, oraba así en su interior: "¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. 12 Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo." 13 El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo: **¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.** 14 **Os digo que éste bajó a su casa justificado**, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»

-Sirácida (Eclesiástico) 35, 12-14.16-18: El Señor es juez, y no cuenta para él la gloria de nadie.¹³ No hace acepción de personas contra el pobre, y escucha la plegaria del agraviado.¹⁴ No desdén la súplica del huérfano, ni a la viuda, cuando derrama su lamento. ¹⁶ Quien sirve de buena gana, es aceptado, su plegaria sube hasta las nubes.¹⁷ La oración del humilde atraviesa las nubes, no se consuela hasta que no llega a su término.¹⁸ Y no desiste hasta que vuelve los ojos el Altísimo, hace justicia a los justos y ejecuta el juicio.

-Salmo Responsorial: Salmo 34 (33), 2-3; 17-18; 19-20 - R.: 7ª Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha (otras traducciones: Cuando el pobre invoca al Señor, él lo escucha) 2 Bendigo al señor en todo tiempo; su alabanza está en mi boca de continuo.// 3 **Mi alma se gloria en el Señor;** que lo escuchen los humildes y se alegren.// 17 El rostro del Señor está contra los malhechores para borrar de la tierra su memoria. // 18 Claman y el Señor los escucha y los libra de todas sus angustias // 19 **El Señor está cerca de los contritos de corazón,** y salva a los de espíritu abatido. 20 Muchas son las aflicciones del Justo, pero el Señor les libra de todas.

-2 Timoteo 4, 6-8.16-18: 6 Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. 7 He luchado en el noble combate, he alcanzado la meta, he guardado la fe; 8 por lo demás, me está reservada la merecida corona que el Señor, el Justo Juez, me entregará en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que desean con amor su venida. 16 Nadie me asistió en mi primera defensa, sino que todos me abandonaron; que no les sea tenido en cuenta. 17 Pero **el Señor me apoyó y me fortaleció para que, por medio de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todos los gentiles.** Y fui librado de la boca del león. 18 El Señor me librará de todo mal, y me salvará para su reino celestial. A El la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Que se alegren los que buscan al Señor.

Recurrid al Señor y a su poder, buscad continuamente su rostro
(Salmo 104, 3-4) (Antífona de entrada de la Misa)

1. Introducción a las tres lecturas.

- **Primera Lectura.** Dios juzga la sinceridad de la oración teniendo en cuenta el ánimo sincero que se abre a Él con confianza. “Los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan” (v. 17). Debemos reconocernos necesitados. Todos somos pobres y necesitamos a Dios.
- **Segunda Lectura.** La fe es puesta a veces a veces a dura prueba, sobre todo cuando, humanamente, no somos apoyados por nadie (cfr. v. 16). Pero el apóstol Pablo nos enseña que no debemos abatirnos en esos momentos, porque no estamos solos ya que el Señor está a nuestro lado y nos guía. San Pablo afirma que ha sido fiel a su vocación y espera “la merecida corona” que el Señor le entregará y “también a todos los que desean con amor su venida” (v. 8), pero afirma que es un premio que da el Señor, del que ha recibido todo: “El Señor me librará de todo mal, y me salvará para su reino celestial. A El la gloria por los siglos de los siglos. Amén.” (v. 18).

- **Evangelio.** No podemos convertir la oración en la exposición a Dios del propio «currículum» de buenas obras para obtener un crédito ante Él, sino que, por el contrario, nos abriremos a su misericordia y a su justicia .

En la oración del fariseo aparece la pretensión de ser un privilegiado merecedor de las gracias divinas, que no tiene necesidad de nada. Retiene que puede acumular méritos mediante el cumplimiento de preceptos y de obras voluntarias. Se observa una presuntuosa ostentación frente a Dios de la propia conducta que se juzga ejemplar. Los fariseos se consideraban a sí mismos como los verdaderos elegidos, los verdaderos justos, el verdadero Israel. Jesús rechaza su oración porque falta el requisito fundamental de toda oración: ponerse delante de Dios reconociendo el propio límite, confesando la propia condición de criatura.

El publicano retiene que es indigno de rezar en un lugar santo (no se pone en un primer plano, permanece junto a la puerta, dándose golpes de pecho) y, consciente de las propias culpas, confía solamente en la misericordia de Dios.

2. Dos retratos del fariseo y del publicano (Cfr. Gianfranco Ravasi o.c.)

❖ La figura del fariseo

- “El fariseo es un miembro de la comunidad religiosa observante contra la que frecuentemente apuntan los dardos del Señor. En realidad, sabemos que el fariseísmo era la corriente más «espiritual» y más abierta y «humana» del judaísmo; Jesús golpea solamente las degeneraciones que pueden infectar también las más altas formas de espiritualidad” (p. 316)
- Jesús aceptó su hospitalidad (Lc 7,36; 11,37; 14,1); compartió algunas doctrinas (por ejemplo la de la resurrección); uno de ellos le avisó sobre el riesgo que corría (Lc 13, 31); algunos se convirtieron al Evangelio (Hechos 15,5); Gamaliel, fariseo, defendió a los apóstoles (cfr. Hechos 5, 34 ss); san Pablo presumía de su origen fariseo (Filipenses 3,6), recordándola para su propia defensa (cfr. Hechos 23, 6.9). El riesgo – no sólo de ellos, sino de cualquier religión – es el de tender a la justicia legalista.
- “Su oración contiene la lista de méritos de una existencia correcta, justa y respetada. Como es evidente, la raíz de esta oración está en la justicia del hombre. Un hombre que está firmemente convencido de que la balanza de pagos con Dios propende a su favor: paga los diezmos detalladamente, ayuna no solamente un día a la semana, como está prescrito por la ley, sino dos días. En definitiva es el verdadero modelo del hombre religioso y observante, perfecto y seguro de sí” pp. (316-317)
- “El fariseo en realidad no reza a Dios, sino a sí mismo; no se trata de un diálogo sino de un monólogo. Su oración no se trata de una alabanza, sino de una autoincensación; no hay sinceridad sino hipocresía. (p. 319).
- “La oración del fariseo no consigue subir a Dios porque es destinada solamente al hombre, a sus méritos, a su orgullo” (p. 319).

❖ La figura del publicano

- “Es la odiada figura del funcionario fiscal [recaudador de impuestos] que colabora con el poder extranjero detestado, el romano”.
- “Su oración contiene una total confesión de pobreza y de pecado: *Ten piedad que soy un pecador*. La raíz de su oración no es la justicia del hombre (cuya falta está reconocida) sino la justicia salvadora de Dios. Un Dios que puede, en su amor, desequilibrar la balanza de pagos porque no es un tirano ni un acreedor mezquino sino un padre: lo único que pide al hombre es su conversión. El publicano no es, por tanto, el modelo de hombre religioso observante y seguro de la salvación, sino del hombre de fe que espera de Dios perdón y salvación” (p. 317).
- “Es el modelo del perfecto orante. Corazón arrepentido, confesión sincera, humildad interior, diálogo con Dios que todo lo ve y todo lo salva: éstas son las características de su oración. Son el eco de las palabras que el Sirácida, sabio bíblico del II siglo a.C., nos ha hecho escuchar en la primera lectura: *La oración del humilde las nubes atraviesa, hasta que no llega a su término él no se consuela*.
- “Su oración nace del fango pero es como un rayo de luz que sube hacia el infinito, llegando al Señor”. La oración del humilde “atraviesa las nubes” [cfr. 1ª Lectura: “la oración del que se humilla traspasará las nubes”]: según la tradición rabínica, el cielo estaría cerrado hasta la llegada del Mesías, pero el grito del miserable consigue resquebrajar ese cierre.

❖ Conclusión, resumen de la enseñanza de Jesús sobre la oración del fariseo y la del publicano.

○ **Gianfranco Ravasi o.c.:**

- “Realiza un vuelco neto. El fariseo es rechazado (...) el publicano es «justificado» por su fe. No bastan ni el culto ni el formalismo autosuficientes; la salvación viene de la fe y de la adhesión humilde y amorosa a la acción de Dios. El don de la salvación es muy superior a nuestro mérito y, por tanto, no puede ser nunca equiparado a una obligatoria recompensa por cuanto ha hecho el hombre” (p. 317).
- El Señor nos pone en guardia ante el engaño de creernos religiosos/piadosos solamente por ofrecer sacrificios rituales o por autoproclamarnos justos, como en el caso del fariseo. El verdadero sacrificio se expresa en la conversión del corazón y supone la apertura a los otros y la humilde espera del don de Dios.

3. El fariseo y el publicano en el Catecismo de la Iglesia Católica

- n. 2613: S. Lucas nos ha transmitido tres parábolas principales sobre la oración:
La primera, «el amigo importuno» (Cf Lucas 11, 5-13), invita a una oración insistente: «Llamad y se os abrirá». Al que ora así, el Padre del cielo «le dará todo lo que necesite», y sobre todo el Espíritu Santo que contiene todos los dones.

La segunda, «la viuda importuna» (Cf Lucas 18, 1-8), está centrada en una de las cualidades de la oración: es necesario orar siempre, sin cansarse, con la paciencia de la fe. «Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?»

La tercera parábola, «el fariseo y el publicano» (Cf Lucas 18, 9-14.), **se refiere a la humildad del corazón que ora.** «Oh Dios, ten compasión de mí que soy pecador». La Iglesia no cesa de hacer suya esta oración: «¡Kyrie eleison!».

4. La oración del fariseo y la del publicano en dos Padres y Doctores de la Iglesia

❖ 1. Cfr. San Agustín, *Comentario al salmo 31* 11, 11-12

Natural de Tagaste (354- 430). Obispo de Hipona (395-430).

(...) El fariseo decía: *Te doy gracias*. ¿Dónde se manifiesta su soberbia? En que despreciaba a los demás. ¿Cómo lo demuestras? Por sus mismas palabras. ¿De qué manera? Aquel fariseo -según la parábola- despreció al que se hallaba lejos, aunque por su confesión tenía a Dios cercano.

El publicano -prosigue- se mantenía de pie a lo lejos, pero Dios no estaba lejos de él. ¿Por qué? Por lo que dice la Escritura en otro lugar: El Señor está cerca de los hombres de corazón contrito (Sal 33,19). Considerad si este publicano tenía contrito su corazón y veréis que el Señor está cerca de los hombres de corazón contrito. En cambio, el publicano se mantenía de pie a lo lejos, y ni siquiera quería levantar sus ojos al cielo, sino que golpeaba su pecho. El golpearse el pecho es la contrición de corazón. ¿Qué decía mientras golpeaba su pecho? ¡Oh Dios! Apíadate de mí, que soy pecador. ¿Y cuál fue la sentencia del Señor? En verdad os digo que este publicano bajó del templo justificado y no el fariseo. ¿Por qué? Tal es el juicio de Dios. No soy como ese publicano; no soy como los demás hombres que son injustos, ladrones, adúlteros, ayuno dos veces a la semana y pago el décimo de cuanto poseo.

El otro, el publicano, no se atreve a levantar sus ojos al cielo, examina su conciencia, se queda de pie a lo lejos, y sale justificado; no así el fariseo. ¿Por qué? Te suplico, Señor; expónnos tu justicia, expónnos la equidad de tu derecho. Dios expone la regla de su ley. ¿Queréis oír cuál es? *Pues todo el que se exalta será humillado y todo el que se humilla será exaltado (Lc 18,8-14).*

Preste atención vuestra caridad. Dijimos que el publicano no se había atrevido a levantar los ojos al cielo. ¿Por qué no miraba al cielo? Porque se miraba a sí mismo. Se miraba a sí mismo para comenzar desagradándose a sí mismo y de esta manera agradar a Dios. Tú, por el contrario, te envaneces, tienes la cerviz erguida. Dice el Señor al soberbio: ¿No quieres mirarte a ti mismo? Yo te examinaré. ¿Quieres que no te examine yo? Examínate tú. Por eso el publicano no se atrevía a levantar sus ojos al cielo: porque se miraba a sí mismo y hería su conciencia. Él era juez de sí mismo, para que intercediese el Señor; se acusaba a sí mismo, para que le defendiese el Señor. Y en verdad le defendió, pues pronunció sentencia a su favor: *El publicano bajó justificado del templo, y no el fariseo, porque todo el que se exalta será humillado y el que se humilla será exaltado. Como él se examinó a sí mismo -dice-, no quise examinarlo yo. Le oí decir: Aparta tus ojos de mis pecados. Quien dijo esto había dicho también: Pues yo reconozco mi pecado (Sal 50,5.11).*

Por tanto, hermanos, también aquel fariseo era pecador. El decir: *No soy como los demás hombres que son injustos, ladrones, adúlteros*, el ayunar dos veces por semana y pagar el décimo de cuanto poseía, no le excluía de entre los pecadores. Aunque se hallase sin otros pecados, la misma soberbia era un gran crimen. Ved que decía todo lo indicado. ¿Quién, entonces, está sin pecado? ¿Quién se gloriará de tener un corazón casto, o de estar libre de pecados? (Prov 20,9). También él tenía pecados; habiendo extraviado el camino y sin saber a dónde se dirigía, se hallaba en la casa del médico donde podía ser curado; pero él mostraba los miembros sanos y ocultaba las heridas. Vende Dios las heridas, no tú; pues si, por vergüenza, quisieras venderlas tú, no te curará el médico. Véndelas y cúrelas el médico, tras aplicarles el medicamento. La herida sana bajo la venda del médico; si, en cambio, venda el herido, la oculta. ¿A quién la oculta? A quien conoce todo.

❖ 2. San Juan Crisóstomo.

Natural de Antioquía (ca.349-407). Obispo de Constantinopla.

Cfr. *Magnificat*, octubre 2013, pp. 383-384

Un fariseo y un publicano subieron al templo a orar. El fariseo comenzó enumerando sus cualidades, proclamando: *¡Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros; ni como ese publicano. ¡Miserable, te atreves a juzgar la tierra entera! ¿Por qué te atreves a desanimar a tu prójimo? Has acusado a todos los hombres sin excepción. ¡Cuánta suficiencia en estas palabras! ¡El publicano había comprendido muy bien estas palabras. Hubiera podido corregirlo de esta manera: «¿Quién eres tú que te atreves a proferir semejantes difamaciones contra mía? ¿Qué sabes tú de mi vida?»* Pero no, no hizo nada de eso, sino todo lo contrario: se prosternó diciendo: *¡Oh Dios, ten compasión de este pecador!* Y por haber dado pruebas de humildad, quedó justificado.

El fariseo se marchó del templo sin recibir ninguna absolución, pero el publicano se marchó con el corazón renovado por haber reencontrado la justicia. No es que en el publicano hubiera mucha humildad, en la medida que este término se usa cuando se humilla uno que es noble; en el caso del publicano, no se trataba de humildad, sino de simple verdad, porque lo que decía era verdad.

5. **Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, La esfera de los libros 2007**

Del capítulo 3: El evangelio del Reino de Dios pp.73-90

○ **El fariseo y el publicano**

- **El fariseo ni siquiera mira a Dios, sino sólo a sí mismo; el publicano se ve en relación con Dios.**

(...) El fariseo se jacta de sus muchas virtudes; le habla a Dios tan sólo de sí mismo y, al alabarse a sí mismo, cree alabar a Dios. El publicano conoce sus pecados, sabe que no puede vanagloriarse ante Dios y, consciente de su culpa, pide gracia. ¿Significa esto que uno representa el *ethos* y el otro la gracia sin *ethos* o contra el *ethos*? En realidad no se trata de la cuestión *ethos* sí o *ethos* no, sino de dos modos de situarse ante Dios y ante sí mismo. Uno, en el fondo, ni siquiera mira a Dios, sino sólo a sí mismo; realmente no necesita a Dios, porque lo hace todo bien por sí mismo. No hay ninguna relación real con Dios, que a fin de cuentas resulta superfluo; basta con las propias obras. Aquel hombre se justifica por sí solo. El otro, en cambio, se ve en relación con Dios. Ha puesto su mirada en Dios y, con ello, se le abre la mirada hacia sí mismo. Sabe que tiene necesidad de Dios y que ha de vivir de su bondad, la cual no puede alcanzar por sí solo ni darla por descontada. Sabe que necesita misericordia, y así aprenderá de la misericordia de Dios a ser él mismo misericordioso y, por tanto, semejante a Dios. El vive gracias a la relación con Dios, de ser agraciado con el don de Dios; siempre necesitará el don de la bondad, del perdón, pero también aprenderá con ello a transmitirlo a los demás. La gracia que implora no le exime del *ethos*. Sólo ella le capacita para hacer realmente el bien. Necesita a Dios, y como lo reconoce, gracias a la bondad de Dios comienza él mismo a ser bueno. No se niega el *ethos*, sólo se le libera de la estrechez del moralismo y se le sitúa en el contexto de una relación de amor, de la relación con Dios; así el *ethos* llega a ser verdaderamente él mismo.